

Dorothy Day: amó a Dios y al mundo

Teresa Compte¹

Publicado en: Signo de los tiempos. Moral social para el mundo de hoy. Publicación del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana. Diciembre de 2010, año XXVI, n.209.

Mary Ward, fundadora del Instituto de la Bienaventurada Virgen María o Madres Irlandesas, escribió: “Pienso, querido niño, que la aflicción y la larga soledad de que la me oyes hablar me rondan de cerca; pero cuando llegue el momento, les seguirá un final feliz... El dolor es grande, pero muy llevadero, pues Él, que forma parte de la carga, también la transporta”.

Esta cita encabeza *La larga soledad*, la autobiografía de Dorothy. Me interpela ese título en la vida de una mujer que siempre vivió en compañía. Dorothy Day jamás estuvo sola. Eso es lo que, pese al pudor con el que ella escribe, se desprende de su existencia. Pudor que no le impidió narrar con detalle las alegrías y los gozos que experimentó en su vida y silenciar, sin embargo, sus miserias y fracasos.

Dorothy Day fue periodista, quizás por eso al escribir sobre la razón de fe que guió su vida no supo, o no quiso entretenerse. La realidad era apremiante y ella se limitó a expresar una razón de fe que la habitaba.

“Nunca he intentado escribir una autobiografía. En lugar de ello, siempre he querido hablar de cosas que me llevaron a Dios y que me recordaron a Dios. No puedo describir con demasiada intimidad los años siguientes, pues no quiero escribir sobre otras personas con las que estuve íntimamente relacionada”.

Yo no puedo mirar a Dorothy Day con otros ojos que no sean los míos. Lo que hace que el retrato de esta mujer excepcional, adquiera los colores de mi propia existencia. No pretendo silenciar nada de la vida de esta mujer, pero no puedo, ni quiero, dejar de fijarme en aquello que ha cautivado mi alma e interpelado a mi corazón.

¿Quién fue Dorothy Day?²

Una mujer orgullosa de serio. Una afirmación radical, a mi modo de entender, en un contexto histórico en el que el sufragismo y la defensa de los derechos de las

¹ Dra. Ma. Teresa Compte Grau. Profesora de la Universidad Pontificia de Salamanca. Coordinadora del Master de DSI que la Fundación Pablo VI, Madrid, imparte con IMDOSOC, México DF.

² Dorothy Day (1897-1980) fue una periodista y activista social. Fundadora del Movimiento del Trabajador Católico (1933). Entre sus obras destacan: *La larga soledad*, *Panes y Peces*; cfr. <http://www.catholicworker.org/dorothyday/>

mujeres comenzaron a fraguarse como un movimiento cultural en el que el genio femenino,³ por utilizar la expresión de Juan Pablo II, iba a perecer víctima del igualitarismo.

Una mujer que amó. Dorothy Day amó el mundo, amó a su hija, a su familia, especialmente a su hermano pequeño, John, de quien le separaban catorce años, a sus amigos, a los hombres y a Dios. Anheló el amor humano y deseó fervientemente despertar al lado de un hombre. “Yo no podía ver que el amor entre el hombre y la mujer fuera incompatible con el amor a Dios”.

Dorothy Day vivió como una desgracia tener que dejar el amor de Foster, su marido. Y vivió como otra desgracia dejar la vida que había gozado dentro del movimiento radical. Ella que había sido anarquista y socialista, que había luchado por la justicia, se hacía católica. Pero lo hacía por amor y “como todas las mujeres enamoradas quería estar unida a su Amor”.

Dorothy Day conoció, pues, el sufrimiento que causa la renuncia voluntaria, y la que no lo es. Y pese a ello esperó la alegría. Como Zossima, uno de los protagonistas de *Los Hermanos Karamazov*, se convirtió al Amor. Raskolnikov, en *Crimen y Castigo*, o Hippolyte, en *El Idiota*, también le ayudaron a ello. Y esa conversión al Amor fue la que le llevó a amar al prójimo.

Dorothy Day se empeñó en vivir una aventura espiritual que la llevó a descubrir un Dios-Amor que le ha dado al hombre lo necesario para su existencia: el mundo y la vida. Y por ello, ella creyó en la socialización del amor, en la multiplicación de las relaciones de amor.

Una mujer que fue madre. Dorothy Day se sentía, ante todo y sobre todo, madre. Y madre de una familia numerosa. “Ser madre es plenitud, es entrega a otros, es Amor y, por lo tanto, es sufrimiento”. Y vivió el conflicto entre un maternalismo que a los hombres horroriza y el deseo compartido con todas las mujeres de “un hombre en el que apoyarse”. Porque una mujer no se siente entera sin un hombre. Y para una mujer que conoció las alegrías del matrimonio fue duro renunciar a su marido. Dorothy Day suspiraba por tener un rostro sobre su pecho y un brazo en torno a sus hombros. Ahí estaba la sensación de pérdida: “Era un precio que yo había pagado. Yo era Abraham, que había sacrificado a Isaac. Y, aún así, yo tenía a Isaac. Tenía a Tamar”.

Una mujer de familia. Dorothy Day apreció la familia como comunidad de relación entre el ayer y el mañana, entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo personal y lo comunitario. Y esa mujer que creyó ardientemente en el amor creador que se vive en el seno de la familia, esa mujer que se sintió arrobada cuando supo que estaba embarazada y que iba a dar a luz una hija que era el fruto del profundo amor que ella sentía por su mando, que no quería vivir en soledad su maternidad y que se rendía

³ SS. JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem* (15.VIII.1988), 30-31.

ante el hecho estupendo de la creación comprendió que “hacerse católica significarla afrontar la vida en solitario, (...) resultaba duro pensar en renunciar a un marido para que mi hija y yo pudiéramos convertirnos en miembros de la Iglesia”.

Una mujer de síntesis. Dorothy supo integrar lo natural a lo sobrenatural. Descubrió a Dios en el mundo, lo aceptó y vivió su presencia. Fue una mujer empeñada en vivir todo aquello que le acontecía. Su fe es una experiencia de integración de lo corporal, lo mental y lo espiritual. Lo que nos revela a una mujer equilibrada capaz de conectar armónicamente su mundo de valores, sus deseos, proyectos y afectos.

Cuando Dorothy Day contrajo matrimonio experimentó lo que ella llamaba una felicidad natural que “(...) curiosamente, se trataba de una paz en pugna consigo misma”. Yo era feliz pero mi misma felicidad me hizo ver que del a vida se podía obtener una felicidad mayor que la que yo hubiera podido conocer hasta entonces. Empecé a pensar, a sopesar las cosas, y fue entonces cuando empecé conscientemente a rezar más”.

Una mujer que anheló y buscó la plenitud. Dorothy Day temía caer en las manos del Dios vivo y, sin embargo, anhelaba espiritual y corporalmente conocer a Dios. Un anhelo que Dorothy Day vio perfectamente reflejado en estas palabras de san Agustín:

“¿Qué significa que amo cuando te amo a ti? No la belleza de una cosa corporal, ni el orden de las estaciones; no la brillantez de la luz que alegra el ojo, ni las dulces melodías de todos los cantos, ni la dulce fragancia de las flores, hierbas y especias, ni maná, ni miel; ni los miembros que el amor carnal abraza. Ninguna de estas cosas amo al amar a mi Dios.

“Sin embargo, en cierto modo, amo la luz y la melodía y la fragancia y el alimento y el abrazo cuando amo a mi Dios; la luz y la voz y la fragancia y el alimento y el abrazo en el alma que ningún recinto puede contener, suena esa voz que ninguna lengua puede arrebatarme, yo respiro esa fragancia que ningún viento dispersa, yo como ese alimento que no disminuye cuando se come, y recibo ese abrazo que la saciedad nunca consigue romper. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios”.

Por eso la vida de oración de Dorothy Day fue una vida animada por la gratitud y la felicidad, no por la desdicha. Una mujer henchida de alegría pese al dolor del mundo. Una mujer que aceptó el misterio. Una mujer necesitada de instrucción. Dorothy Day aceptó con humildad ser discípula de uno de los hombres más importantes de su vida: Peter Maurin.⁴ Reconoció estar necesitada de una formación católica que pasó por la teología de R. Guardini, H. de Lubac y Lacouture, la filosofía personalista y humanista de J. Maritain y E. Mounier, la literatura de F. Mauriac, y la doctrina social de la

⁴ Cofundador del Movimiento del Trabajador Católico junto a Dorothy Day. <http://www.catholicworker.org/roundtable/pmbiography.cfm>

Iglesia de Pio XI y Pio XII de la que Dorothy Day no sabía nada cuando se hizo católica.

Dorothy Day había recibido de sus padres y en su familia las reglas básicas de una gramática del amor que enseña a hacer el bien y a despreciar el mal, a ayudar a quien lo necesita, a apreciar la vida junto a otros. Ahí está la razón de su afecto por todos aquellos que alimentaban su comportamiento humano en una razón de fe. Su acercamiento a Peter Maurin, así como la asistente católica con la que ella compartía habitación siendo niña, como todas aquellas personas creyentes, de fe sencilla, que encontró a lo largo de su vida, fueron encuentros religiosos que le llevaron a reconocer que sus apetencias de trascendencia, eran apetencias del Dios verdadero. Ella misma escribió que aunque no siempre fue consciente del carácter sagrado de la vida, no podía entender que lo sagrado de la vida humana pudiera sostenerse sin una vida religiosa. El aborto que ella practicó para no perder el amor de un hombre está, sin lugar a dudas, tras esta reflexión...

Una mujer católica. Dorothy Day amó profundamente a la Iglesia porque conoció a Cristo. Y, como ha escrito Benedicto XVI, permaneció fiel a la Iglesia porque la Iglesia era la que hacía visible a Cristo, era la que le permitió participar, en compañía de otros hombres y mujeres, de la vida de los sacramentos, de la comunión con los santos, del rezo del rosario y de la oración personal y comunitaria.

Dorothy Day asumió que la expresión de la fe cristiana sólo podía pasar por la pertenencia a una comunidad corporal de hombres y mujeres en relación. Su pertenencia a la Iglesia católica fue un proceso de conversión que cambió radicalmente el sentido de su existencia. Claro que, ella era tierra propicia para que la semilla de lo divino pudiera desarrollarse. Dorothy Day era una mujer y, por ello, un ser abierto a la trascendencia que anhelaba salir de sí para ir en busca del amor.

Una mujer de comunidad. Gracias a Peter Maurin, Dorothy Day consiguió formar parte de una comunidad al servicio de los trabajadores, que no de los obreros, al servicio de los pobres, los desposeídos y los explotados. Constituyó y formó parte de un movimiento al servicio de una filosofía y, por qué no decirlo, de una teología del trabajo que respondía al amor que Cristo profesó al mundo, que se expresaba en la práctica de las obras de misericordia, que respondía a la tríada que alimentó la obra de Maurin: culto-cultura-cultivo, y que tenía que ver con la superación de la relación dialéctica entre trabajo y técnica. Una comunidad en la que el trabajo era el primer requisito de un nuevo orden social. Trabajo y no salarios, enseñaba Peter Maurin. Y trabajo como un modo de transformar el Edén que Dios ha puesto en nuestras manos. Tarea que, de modo especial, compete a la mujer en la medida en que, como decía Dorothy Day, el “trabajo de la mujer es el Amor”.

Y pese a ello, en la autobiografía de Dorothy Day, podemos leer: “Estaba sola, mortalmente sola. Y no tardaría en comprobar una y otra vez, como ya había hecho

en tantas ocasiones, que las mujeres especialmente son seres sociales que no se contentan únicamente con tener un marido y una familia, sino que han de tener también una comunidad, un grupo, un intercambio con otros. Un hijo o una hija no son suficientes. Un marido y unos hijos, por muy ocupada que la tengan, tampoco lo son. Nosotras las mujeres, lo mismo las jóvenes que las viejas, somos especialmente víctimas de la larga soledad, incluso en los años más activos de nuestra vida. El padre puede desaparecer, abandonar a la familia, pero la madre no. Incluso las anacoretas llevaban una vida más bien sociable, dedicadas a la encuadernación de libros y al asesoramiento espiritual, aunque no permanecieran necesariamente en el mismo sitio”.

Dorothy Day, una mujer en búsqueda, encontró la respuesta: “Vivir juntos, trabajar juntos, poseer juntos, amar a Dios y amar a nuestros hermanos, y vivir cerca de ellos en comunidad; así podremos demostrar nuestro amor por El. Todos hemos conocido la larga soledad y todos hemos aprendido que la única solución es el amor y que el amor llega con la comunidad”.